

Alimentación y sociedad de consumo en la España del siglo XX

FERNANDO COLLANTES *

Ramon Garrabou y sus colegas de la Universidad Autónoma de Barcelona han sentado las bases de la historia económica y social de la alimentación en España. Hace apenas una década, pocos historiadores habrían sido capaces de definir el término “transición nutricional”. Hoy día, gracias al trabajo de Garrabou y sus colegas, no sólo sabemos lo que es una transición nutricional, sino que también conocemos la historia básica de este proceso en la España contemporánea. Sabemos que el nivel de consumo alimenticio de los españoles mejoró durante el primer tercio del XX y sufrió un serio retroceso durante la guerra civil y su larga posguerra, para después continuar su tendencia ascendente y sustituir el fantasma del hambre por el de la obesidad. Sabemos también que, por el camino, los españoles diversificaron su dieta: menos cereales (y otros alimentos de origen vegetal) y más productos de origen animal, como la carne, la leche y los huevos. Finalmente, tenemos una buena idea general acerca de las causas de la transición nutricional: la renta disponible influyó, por supuesto, pero también lo hicieron otros factores de tipo tecnológico, empresarial y social.¹

En los próximos años, la historia económica y social de la alimentación continuará desarrollando esta fructífera línea de trabajo, pero también podría iniciar líneas nuevas. En esta nota esbozo algunas ideas en torno a una de estas: el papel de la alimentación dentro de la formación de una sociedad de consumo en la España del siglo XX.

¿Qué es una sociedad de consumo? Como punto de partida, es una sociedad en la que el consumo ocupa un lugar central en la definición de las identidades personales y las relaciones sociales. El término suele utilizarse para hacer referencia a sociedades opulentas, en las que el gasto en consumo es elevado y una porción significativa del mismo se destina a la adquisición de bienes y servicios que satisfacen necesidades no básicas.

* Profesor Titular de Historia e Instituciones Económicas en la Universidad de Zaragoza. Dirección electrónica: collantf@unizar.es

¹ Cussó y Garrabou (2003-04; 2006; 2007), Cussó (2005), Nicolau y Pujol (2005; 2006; 2008), Pujol, Nicolau y Adell (2007). Véase también Clar (2006).

Este fue el caso de España a lo largo del siglo XX, como puede intuirse a partir de la información proporcionada por la tabla adjunta.

Estructura del consumo privado (%)

	<i>Alimentación en el hogar</i>	<i>Vestido y calzado</i>	<i>Vivienda</i>	<i>Gastos domésticos</i>	<i>Otros</i>
1900	66	6	10	11	7
1939	60	9	15	9	7
1958	55	14	5	8	18
1967	45	13	10	9	23
1973/74	38	8	12	11	31
1980/81	30	10	12	14	34
1990/91	23	10	18	8	41
2000	22	10	11	8	49

Fuente: Maluquer de Motes (2005: 1257). El consumo de alimentos fuera del hogar está incluido en “Otros”.

La alimentación y el resto de necesidades básicas ocupaban la mayor parte del presupuesto familiar medio a comienzos de siglo. La alimentación, en particular, podía representar en torno a dos tercios del consumo familiar total en 1900. A lo largo del primer tercio del siglo XX y los primeros veinte años del franquismo, las cosas no cambiaron demasiado: aunque el peso de la alimentación mostró una ligera tendencia al descenso, los gastos en alimentación aún representaban más de la mitad del consumo de una familia española media a finales de la década de 1950.² Los cambios se aceleraron a partir de entonces. En el marco de una gran expansión de la renta disponible, los españoles necesitaron fracciones cada vez menores de dicha renta para hacer frente a sus necesidades alimenticias. Los datos de la tabla exageran la magnitud de este descenso, porque incluyen la alimentación fuera del hogar en el capítulo de “Otros gastos”; teniendo en cuenta que, a finales de siglo, la alimentación fuera del hogar representaba en torno a una cuarta parte del gasto total en alimentación, no estamos hablando de una cuestión menor.³ En cualquier caso, no cabe duda de que incluso así nos encontramos ante una caída

² Esto contrastaba con el menor peso del gasto en alimentación en los países europeos más avanzados e incluso en algunos del ámbito mediterráneo; Alonso y Conde (1994: 155).

³ Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (2000: 59).

histórica y acelerada del peso del gasto en alimentación dentro del gasto familiar total. En su lugar, los “otros gastos”, que incluyen desde bienes de consumo duradero (electrodomésticos, automóviles, ordenadores...) hasta turismo, pasaron de representar un 7 por ciento del total en 1939 a prácticamente la mitad en 2000. Estos cambios cuantitativos fueron acompañados de otra transformación, más cualitativa, generalmente señalada por los estudiosos de la sociedad de consumo: la formación de un sistema publicitario moderno, basado en medios de comunicación de masas y encaminado a influir sobre las preferencias y decisiones de consumo de los individuos.

¿Cuál fue el papel desempeñado por la alimentación dentro de este proceso de formación de una sociedad de consumo en España? Algunos estudios sobre la formación histórica de la sociedad de consumo en otros países se centran tanto en los nuevos bienes de consumo duradero que no prestan atención a los alimentos. En algún caso, de hecho, encontramos razonamientos en los que el único papel de la alimentación consistiría en ir reduciendo su peso en el presupuesto familiar para así dejar paso a los verdaderos “bienes de consumidor”, es decir, aquellos bienes que no sólo reportan una utilidad directa sino también una utilidad indirecta de carácter simbólico.⁴ Sin embargo, existen suficientes elementos historiográficos para sospechar que la alimentación debió de cumplir en casi todas partes un papel más interesante que ese. Existe hoy cierto consenso entre los historiadores económicos y sociales al respecto de que los “bienes de consumidor” existieron antes de que grandes conglomerados industriales fueran capaces de producirlos en masa.⁵ Los historiadores que investigan el periodo previo a la revolución industrial han llegado a la conclusión de que ya entre 1600 y 1800 encontramos un consumidor activo que no sólo busca satisfacer necesidades básicas sino que, con su menguada renta, se esfuerza por alcanzar pequeños triunfos sociales (emulación, identidad) en el campo del consumo. Muchos de estos triunfos, pilares de lo que Jan de Vries llama “revolución industrial”, se habrían basado en productos alimenticios de origen colonial, como el azúcar, el té, el café o el cacao.⁶ Estudios centrados en el siglo XIX y los inicios del siglo XX, por otra parte, también han sugerido que la formación del consumidor moderno estuvo ligada en un primer momento a la alimentación. En Japón, por ejemplo, el arroz, el sake y la cerveza cumplieron un papel importante en este sentido.⁷

⁴ Por ejemplo, Cross (2000: cap. 3).

⁵ Francks (2007; 2009), Blanke (2007).

⁶ de Vries (2008 : caps. 1-4).

⁷ Francks (2007; 2009).

No parece que España fuera una excepción. La aparente inmovilidad del peso del gasto en alimentación dentro del consumo familiar o del peso de los cereales dentro de la ingesta calórica durante el primer tercio del siglo XX esconde cambios cualitativos significativos. En particular, el paulatino abandono de productos considerados inferiores, como el pan de centeno o el pan negro, y la adopción de pan blanco, considerado superior.⁸ (Una historia similar, por cierto, ocurría más o menos por las mismas fechas en Japón, conforme los consumidores destinaban sus aumentos de renta a sustituir arroz inferior o importado por el tradicional arroz blanco de variedad japonesa, cuya calidad nutritiva no era superior.⁹)

Y, una vez llegados a la formación de la sociedad de consumo masivo en la década de 1960, la alimentación pudo ser una parte importante de la historia. En torno a 1960, los cereales aportaban el 40 por ciento de las calorías ingeridas por un español medio, pero tan sólo absorbían el 18 por ciento del gasto familiar en alimentación. Lo que esto implica es que la posterior diversificación de la dieta, el paulatino descenso del peso de los cereales y el paralelo ascenso de los productos de origen ganadero, conllevó un crecimiento más que proporcional de las relativamente caras calorías animales en detrimento de calorías más baratas. Sobre esta base, no parece descabellado tratar la carne y la leche como “bienes de consumidor” en la España de la década de 1960. En otras palabras, aunque una parte del gasto en alimentación simplemente satisfacía necesidades básicas, es probable que otra parte (quizá creciente a lo largo del tiempo) tuviera un contenido simbólico más acentuado y, en este sentido, no fuera tan distinta de los “otros gastos” que terminaron dominando el presupuesto familiar.

Por este mismo motivo resulta interesante investigar en perspectiva histórica la alimentación fuera del hogar. Durante la parte final del siglo XX, y mientras el peso de la alimentación en el consumo total caía, el peso de la alimentación fuera del hogar dentro del consumo alimenticio total aumentaba claramente y se situaba cerca de un 25 por ciento. A pesar de lo mucho que nos gusta apelar a las esencias patrias en temas como este, resulta inevitable sospechar que estamos ante un proceso histórico a través del cual la elasticidad-renta de la alimentación fuera del hogar fue aumentando a lo largo del tiempo. La alimentación fuera del hogar, con un fuerte impacto sobre la construcción de estilos de vida y modos de relación interpersonal, también parecería tomar la forma de un “bien de consumidor” similar a los “otros gastos” que más comúnmente asociamos a la sociedad de consumo.

⁸ Cussó y Garrabou (2003-2004; 2006; 2007), Simpson (1989).

⁹ Francks (2007).

Para entonces, la sociedad de consumo española, tras su etapa de homogeneización de los sesenta y setenta, había entrado ya en una etapa de diferenciación y segmentación.¹⁰ También aquí la alimentación parece haber desempeñado un papel importante a través del ascenso de los alimentos de calidad diferenciada. Un aspecto que parece especialmente interesante es el de la interacción entre las representaciones sociales de este tipo de producto y las representaciones creadas por las empresas a través de la publicidad.¹¹ En realidad, la historia económica española, centrada fundamentalmente en la expansión de la oferta y la lucha contra la escasez, no ha prestado atención a la publicidad y la producción social de la necesidad.

De lo anterior se desprende que la historia económica puede ganar mucho si se acerca a las preguntas planteadas en la actualidad por la sociología de la alimentación y el consumo. El paradigma de la escasez y la transición nutricional nos recuerda de dónde venimos, pero no puede ayudarnos mucho en lo que el historiador británico Avner Offer llama “el desafío de la opulencia”: los nuevos problemas y disfunciones sociales creados en una era post-escasez.¹² Un punto central de la argumentación de Offer es que la opulencia aumenta las opciones disponibles y esto vuelve problemático el proceso de toma de decisiones; precisamente, uno de los temas recurrentes en la sociología de la alimentación actual.¹³ Dos cuestiones importantes aquí, por su relevancia en nuestra comprensión de un problema como la conciliación de las esferas familiar y laboral, son los horarios de comida y la expansión del consumo de comidas preparadas.

La formación de los horarios de comida es, sin duda, un proceso histórico, por lo que la historia económica y social puede entrar de manera natural en la discusión sobre el tema. ¿Por qué son tan extraños, en perspectiva internacional comparada, los horarios y la organización de las comidas españolas? Aquí también es común apelar a las esencias patrias, pero lo cierto es que varios indicios sugieren que nuestros actuales horarios de comida, lejos de ser un vestigio cultural resistente a la modernización y la homogeneización, se han formado precisamente como resultado del proceso de modernización conocido por el país a lo largo del siglo XX.

¹⁰ Alonso y Conde (1994).

¹¹ Díaz Méndez y González Álvarez (2008), González Álvarez (2009).

¹² Offer (2006). Una presentación teórica de la sociedad post-escasez, en Hamilton ([2001] 2006). Como señala este autor, “la mayoría de los problemas de la sociedad moderna no nacen de unos ingresos inadecuados” (Hamilton [2001] 2006: 213). Las bases de este planteamiento se encuentran ya en Fromm (1941; 1955).

¹³ Díaz Méndez (2006).

Durante el siglo XIX, nuestros horarios eran más similares a los del resto de Europa. El almuerzo tenía lugar comúnmente entre las 12:00 y las 13:30 horas. La cena no se retrasaba más allá de las 19:30 o 20:00 horas, ni siquiera por parte de las clases medias y altas con costumbre de (y medios para) merendar a media tarde.¹⁴ Podemos encontrar aquí y allá testimonios de personas mayores que recuerdan que, todavía en torno a las décadas de 1960 o 1970, las familias rurales aún mantenían horarios como esos. El cambio hacia una comida y una cena más tardías debió de comenzar durante el primer tercio del siglo XX, quizá bajo el liderazgo de las clases altas y medias-altas urbanas.¹⁵ Ya la dictadura de Primo de Rivera, en la década de 1920, mostró cierta preocupación por la tendencia de los españoles urbanos a horarios de comida un tanto disfuncionales en relación al funcionamiento del aparato productivo.¹⁶ Para entonces, nuestros horarios ya habían comenzado a diferenciarse no sólo de los anglosajones (por entonces ya en transición hacia un sistema basado en una única comida fuerte), sino también incluso con respecto a otros países mediterráneos que, como Portugal o Italia, mantenían una estructura de comida y cena fuertes.¹⁷

Todo apunta, sin embargo, a que el franquismo fue el periodo clave en la formación del actual sistema horario. Parece que las dificultades económicas del primer franquismo, al forzar a buena parte de los españoles urbanos a adoptar estrategias de pluriempleo, pudieron contribuir al retraso de los horarios de comida. Además, hay que tener en cuenta las implicaciones de la decisión, tomada a comienzos de la década de 1940, de trasladar al país del huso horario occidental (el que le correspondía por su situación geográfica, alineada verticalmente con Inglaterra) al huso central (el que corresponde, por ejemplo, a Alemania e Italia). Desde entonces, un español y un inglés pueden estar realizando una misma actividad cuando el sol se encuentra en una posición similar, pero el reloj del español marca una hora más. Incluso aunque los españoles tuviéramos horarios solares similares a los de otros europeos (cosa que no ocurre), nuestros relojes, distorsionados por estar referidos a un huso horario desplazado, seguirían reflejando una diferencia de horarios.¹⁸ ¿Otro caso QWERTY?¹⁹

¹⁴ Rueda (2006: 485-9), Cussó y Garrabou (2006: 445-9).

¹⁵ Rueda (2006: 485-9).

¹⁶ Fernández-Armesto ([2001] 2004: 330).

¹⁷ Rueda (2006: 485-9).

¹⁸ Buqueras (2009), Collin (2010).

¹⁹ David (1985). Este trabajo explica los motivos por los cuales una configuración ineficiente de los teclados de las máquinas de escribir (con la secuencia QWERTY en la parte superior izquierda) se perpetuó a través de un proceso dependiente de la trayectoria.

En los últimos años, la cuestión de los horarios ha despertado un gran interés en los medios, en buena medida gracias a la incansable labor de la Comisión Nacional para la Racionalización de los Horarios Españoles, que la sitúa en el centro del debate sobre la conciliación de la vida familiar y la vida laboral. Otro elemento que ha reflejado las crecientes dificultades de la sociedad opulenta para conciliar lo familiar y lo laboral ha sido el aumento del coste de oportunidad de la actividad de cocinar, que ha desembocado en una importante expansión del consumo de comidas preparadas. Como ha señalado Jan de Vries, el gran defensor de la hipótesis de una “revolución industrial” preindustrial, la incorporación permanente de la mujer al mercado laboral y la consiguiente generación de expectativas en torno al desarrollo de una carrera profesional favorecieron durante la segunda mitad del siglo XX algo parecido a una “segunda revolución industrial”, en la que el reclamo de nuevos bienes de consumidor (en este caso, bienes de consumo duraderos) hizo que los recursos laborales de las familias se movilizaran de manera más intensa.²⁰ (Obviamente, este no fue el único motivo por el que la mujer de clase media se incorporó de manera permanente al mercado laboral.) Sin embargo, como ya ocurriera durante la primera revolución industrial, la otra cara de la moneda fue el abandono de la producción familiar de algunos bienes y servicios. La cocina en el hogar sobrevivió a la primera revolución industrial, pero se ha visto mucho más amenazada por la segunda. La combinación de comidas preparadas y electrodomésticos que actúan como bienes complementarios de las mismas (en especial, el congelador y el horno microondas) ha tenido aquí un papel fundamental.²¹ Por un lado, ha permitido que las familias reduzcan la cantidad de tiempo absorbida por la preparación de alimentos, liberando así tiempo para su uso en actividades remuneradas o de ocio. Por el otro, abre la puerta a importantes cambios en las formas de sociabilidad dentro de la familia (terminando con la alimentación como forzoso punto de encuentro) y plantea un genuino “desafío de la opulencia” (por emplear la expresión de Offer) desde el punto de vista de la calidad nutritiva de las dietas.²² Aunque el auge de las comidas preparadas es reciente, y más en un país de desarrollo tardío como España, comenzamos a disponer de suficiente perspectiva para tratarlo en clave histórica.

²⁰ de Vries (2008: cap. 6); también Offer (2006: caps. 11-14).

²¹ Contreras (1997).

²² ¿Y quizá algo más? El historiador Fernández-Armesto ([2001] 2004: 43) ha señalado que “comer deprisa y corriendo fomenta el ajeteo de la vida cotidiana y resalta la falta de valores de la sociedad postindustrial” y que “la comida está perdiendo su carácter socializador”; un planteamiento general, en Contreras (1997).

En conclusión: si la opulencia plantea un desafío a las sociedades desarrolladas, también se lo plantea a la historia de la alimentación. Pone sobre la mesa preguntas para cuya respuesta carecemos de fuentes claras y para las que no será posible contar con bases empíricas rigurosas de manera tan rápida como en otras ocasiones.²³ Hace ya casi veinte años, Charles Tilly, Louise Tilly y Richard Tilly aconsejaban a los historiadores económicos que hicieran una historia más social y a los historiadores sociales que hicieran una historia más económica.²⁴ Teniendo en cuenta el tipo de retos planteados por el estudio histórico de la alimentación, este consejo se convierte en un imperativo. Por suerte, el inspirador legado de Ramon Garrabou nos acompaña en ese camino.

Agradecimientos

Agradezco la financiación concedida por el Gobierno de Aragón (Grupo de Investigación de Excelencia, “Historia de la economía agroalimentaria, siglos XIX-XX”).

Referencias

- Alonso, L. E. y Conde, F. (1994): *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*. Madrid, Debate.
- Blanke, D. (2007): “Consumer choice, agency, and new directions in rural history”, *Agricultural History*, 81, 182-203.
- Buqueras, I. (2009): Discurso de clausura, *IV Congreso Nacional para Racionalizar los Horarios Españoles* (Valencia).
- Clar, E. (2006): “La soberanía del industrial. Industrias del complejo pienso-ganadero e implantación del modelo de consumo fordista en España: 1960-1975”, *Revista de Historia Industrial*, 36, 133-65.
- Collin, J. (2010): Entrevista, *España en Hora*, 11, 3.
- Contreras, J. (1997): “Alimentación y sociedad. Sociología del consumo alimentario en España”, en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, Madrid, CIS y MAPA, 417-51.
- Cross, G. (2000): *An all-consuming century: why commercialism won in modern America*. Nueva York, Columbia University Press.
- Cussó, X. (2005): “El estado nutritivo de la población española, 1900-1970”, *Historia Agraria*, 36, 329-58.

²³ Este problema también lo tienen los sociólogos de la alimentación centrados en el presente; Díaz Méndez *et al.* (2005).

²⁴ Tilly *et al.* (1992).

- Cussó, X. y Garrabou, R. (2003-2004): “La transició nutricional a la Catalunya contemporània: una primera aproximació”, *Recerques*, 47-48, 51-80.
- Cussó, X. y Garrabou, R. (2006): “Els sistemes alimentaris: una dilatada transició”, en R. Garrabou (ed.), *Història agrària dels Països Catalans. IV. Segles XIX-XX*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 433-64.
- Cussó, X. y Garrabou, R. (2007): “La transición nutricional en la España contemporánea: las variaciones en el consumo de pan, patatas y legumbres”, *Investigaciones de Historia Económica*, 7, 69-100.
- David, P. A. (1985): “Clio and the economics of QWERTY”, *American Economic Review*, 75, 332-337.
- de Vries, J. (2008): *The industrious revolution: consumer behavior and the household economy 1650 to present*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Díaz Méndez, C. (2006): “The sociology of food in Spain: European influences in social analyses of eating habits”, *Comparative Sociology*, 5, 353-80.
- Díaz Méndez, C. y González Álvarez, M. (2008): “Industria y alimentación: de la publicidad referencial a los alimentos funcionales”, en C. Díaz Méndez y C. Gómez Benito (eds.), *Alimentación, consumo y salud*, Barcelona, La Caixa, 105-29.
- Díaz Méndez, C., Herrera, P., Callejo, J. y Alonso, L. E. (2005): “Análisis crítico de las fuentes estadísticas de consumo alimentario en España. Una perspectiva sociológica”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 110, 117-36.
- Fernández-Armesto, F. ([2001] 2004): *Historia de la comida: alimentos, cocina y civilización*. Barcelona, Tusquets.
- Francks, P. (2007): “Consuming rice: food, ‘traditional’ products and the history of consumption in Japan”, *Japan Forum*, 19, 147-68.
- Francks, P. (2009): “Inconspicuous consumption: sake, beer, and the birth of the consumer in Japan”, *Journal of Asian Studies*, 68, 135-64.
- Fromm, E. (1941): *The fear of freedom*. Londres, Routledge.
- Fromm, E. (1955): *The sane society*. Nueva York, Rinehart.
- González Álvarez, M. (2009): “Transformaciones en el concepto de salud: publicidad y consumo alimentario (1960-2009)”, presentado en el *I Congreso Español de Sociología de la Alimentación* (Gijón).
- Hamilton, C. ([2001] 2006): *El fetiche del crecimiento*. Pamplona, Laetoli.
- Maluquer de Motes, J. (2005): “Consumo y precios”, en A. Carreras y X. Tafunell (coords.), *Estadísticas históricas de España: siglos XIX-XX*, Bilbao, Fundación BBVA, vol. 3, 1247-96.
- Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (2000): *Hechos y cifras del sector agroalimentario español 2000*. Madrid, MAPA.
- Nicolau, R. y Pujol, J. (2005): “El consumo de proteínas animales en Barcelona entre las décadas de 1830 y 1930: evolución y factores condicionantes”, *Investigaciones de Historia Económica*, 3, 101-34.
- Nicolau, R. y Pujol, J. (2006): “Variaciones regionales de los precios de consumo y las dietas en España, en los inicios de la transición demográfica”, *Revista de Historia Económica*, XXIV, 521-54.

- Nicolau, R. y Pujol, J. (2008): “Los factores condicionantes de la transición nutricional en la Europa occidental: Barcelona, 1890-1936”, *Scripta Nova*, 265.
- Offer, A. (2006): *The challenge of affluence: self-control and well-being in the United States and Britain since 1950*. Oxford, Oxford University Press.
- Pujol, J., Nicolau, R. y Hernández Adell, I. (2007): “El consumo de leche fresca en Cataluña entre mediados del siglo XIX y 1935: la difusión de un nuevo alimento”, *Historia Agraria*, 42, 303-25.
- Rueda, G. (2006): *España, 1790-1900: sociedad y condiciones económicas*. Madrid, Istmo.
- Simpson, J. (1989): “La producción agraria y el consumo español en el siglo XIX”, *Revista de Historia Económica*, VII, 355-88.
- Tilly, C., Tilly, L. A. y Tilly, R. (1992): “European economic and social history in the 1990s”, *Journal of European Economic History*, 20, 645-72.